



Revista Iberoamericana de Teología

ISSN: 1870-316X

angel.sanchez@uia.mx

Universidad Iberoamericana, Ciudad de

México

México

Melloni, Javier

La mística silenciosa

Revista Iberoamericana de Teología, vol. IX, núm. 17, julio-diciembre, 2013, pp. 7-24

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=125248177001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La mística silenciosa

Javier Melloni¹

Resumen

En este artículo se aborda la importancia del silencio como un modo de estar ante Dios, ante las cosas, ante el mundo y ante uno mismo. El silencio no es mutismo ni evasión de la realidad, sino la posibilidad de abrir un espacio entre nuestra mirada y lo que miramos, entre nuestro pensamiento y lo que decimos, entre lo que decidimos hacer y lo que hacemos. En este espacio silente se abren posibilidades y transparencias que no pueden emerger si no cultivamos esta dimensión. Lo que las tradiciones religiosas han descrito como sus más altas cimas (la región de la mística), es necesario que hoy se convierta en punto de partida y punto de encuentro de todas las tradiciones y culturas.

Palabras clave: silencio, misticismo, Dios, Absoluto.

Summary

This article explores the importance of silence, and understanding it as a way of being before God, of being in the midst of everything in the world, and of being with oneself. Silence is neither mutism, nor is it an escape from reality. Rather, silence opens up a space between our gaze and that which we gaze at, between our thought and our speech, between that which we say we do and that which we actually do. This silent space opens up such possibilities and transparencies that cannot emerge unless we cultivate this dimension within our lives. Silence is what many religious traditions—particularly mystical religions—have described as being the highest apex of existence. Therefore,

¹ Correspondencia: Centro de Espiritualidad Cova Sant Ignasi Camí de la Cova s/n. 08241, Manresa, España.

every tradition and culture must take silence as the initiating point for all human existence, and as point of encountering one another.

Key words: Silence, mysticism, God, Absolute.

La mística sólo puede ser silenciosa por la etimología misma de la palabra griega *myeín*, “permanecer con los labios cerrados”. Este callar proviene de la imposibilidad de hablar de lo que ha sido visto o vislumbrado; callar porque no se desea profanar aquello por lo que uno ha sido traspasado; callar porque no se puede imponer ni adelantar lo que tiene que ser gestado en cada uno. Pero silencio no es mutismo. El mutismo cierra y usurpa, mientras que el silencio del que aquí hablaremos –no podemos sustraernos a la paradoja!– es Vida que se abre y que se da, que mana generosamente sin cesar. Este abrir y abrirse, este dar y darse de lo místico veremos que se despliega en las tres dimensiones de lo real: lo divino, lo humano y lo cósmico. Desgranaremos estos tres ámbitos como punto de encuentro de todas las tradiciones religiosas, incluso de las a-religiosas. Pero antes conviene hablar sobre la naturaleza del silencio y sobre cómo silenciarse.

Sobre la naturaleza del silencio

El silencio, más que ser una ausencia de ruido externo, es ausencia de ruido interno, es decir, ausencia de ego. Cuando se logra se abre un espacio entre nosotros y nosotros, entre nosotros y el mundo, y entre nosotros y nuestras imágenes de Dios, lo cual permite percibir de otro modo las cosas, las personas y nuestra relación con Dios. La mística es precisamente esta espaciosidad posibilitada por el acallamiento, un estado de apertura a la realidad que es unificada en este espacio silente. En palabras del poeta checo Rainer Maria Rilke, escritas hacia el final de su vida:

Ahí se elevó un árbol ¡Oh pura trascendencia!
¡Oh, Orfeo canta! ¡Oh, árbol alto en el oído!
Y todo calló. Pero aún en el callar hubo
un nuevo comienzo, un cambio, una señal.

Animales de silencio emergieron
de la selva libre y clara, desde el nido y la guarida;
y entonces se vio que no era por astucia ni por miedo
que habían permanecido tan callados en sí mismos,

sino porque escuchaban. El rugir, gritar, bramar
parecían mezquinos a sus corazones. Y allí donde
había apenas una choza para acogerlo,

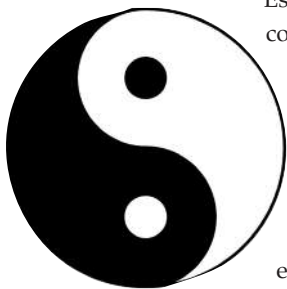
un refugio hecho del más oscuro deseo
y con los pilares temblando de la puerta,
ahí, tú les levantaste un templo en el oído.²

El soneto despliega un sentido que va surcando los diversos niveles de la realidad. El canto de Orfeo –que es el lugar de la palabra– posibilita la manifestación de este proceso. Los árboles crecen porque tienen sus raíces sumergidas en el corazón de la tierra-silencio. Este permanecer en su fondo es lo que permite que se dé su manifestación a través de la elevación del tronco y del despliegue de las ramas. Con ellas surgen los animales que han sido acallados por el canto de Orfeo. Su silencio, se dice, no es por astucia o por miedo, dos instintos primitivos de ataque y de defensa, sino que brotan del recogimiento de sí mismos porque “escuchaban”. Han dejado atrás el rugir, el gritar y el bramar, que son verbos regresivos; el callar y el escuchar, en cambio, son verbos progresivos que permiten avanzar a un estado superior. Ello es lo que posibilita que el oído pueda escuchar desde un templo, que es el quinto nivel que se manifiesta después de los cuatro anteriores: el telúrico, el vegetal, el animal y el humano. En verdad, el templo no se trata tanto de un quinto nivel cuanto de una cualidad que envuelve los cuatro anteriores en un plano más elevado de significatividad y de revelación. La naturaleza del silencio es la matriz donde los cuatro niveles juntos nacen a algo nuevo, más hondo y completo: la cualidad teofánica de la realidad.

Para ello hay que acallarse y sumergirse en esa profundidad que permitirá el emerger de árboles, animales y humanos. Del mismo modo que el silencio no es mutismo, hay que saber que en la mística se distingue la oscuridad espesa y caótica de los inicios de la tiniebla que, en verdad, es un exceso de luz. La primera oscuridad es arcaica y regresiva; la segunda, progresiva y creadora. De

² Rainer Maria Rilke, *Sonetos a Orfeo*, I. 1, Madrid, Visor Libros, 2004, p. 27.

lo que se trata es de la tiniebla superluminosa de Dionisio el Areopagita³ o de la Nube del No-saber del anónimo inglés del siglo XIV.⁴ También san Juan de la Cruz señaló que hay diferentes tipos de noches, tema que también está presente en la mística iraní medieval.⁵ Esa oscuridad, que es silencio, es anterior y posterior al pensamiento, a la imagen o la palabra. Anterior en tanto que suspende el juicio que nos hacemos de las cosas para que podamos recibir la realidad de un nuevo modo. Esto se halla reflejado en el Tai Chi, el diagrama taoísta. *Yang* –el principio masculino– está representado por el área blanca que emerge de *yin* –el principio femenino–, que era el área oscura. La no-forma precede a la forma, tal como el día sucede a la noche y vuelve a sumergirse en ella, o la matriz femenina engendra al feto antes de que nazca la criatura. “Ante la agitación hormigueante de los seres, no contemples más que su regreso”, dice el *Tao Te King*.⁶ El regreso de los seres al Ser no es su disolución, sino su restablecimiento.



Esto se refleja en los actuales conocimientos científicos del mundo visible. La ciencia contemporánea calcula que 95% de la materia del universo nos es desconocida. Se estima que 23% está compuesta de *materia oscura* y que el resto, 72%, consiste en *energía oscura*, un componente todavía más extraño, distribuido difusamente en el espacio. Por materia visible se entiende la que podemos ver y medir, ya sea porque emite radiación a partir de las estrellas, galaxias, cúmulos de galaxias o porque se refleja por medio de los planetas, los asteroides, el gas interestelar y las nebulosas. La *materia oscura* no se puede observar con los medios actuales; no emite suficiente radiación electromagnética para ser detectada con los medios técnicos actuales. De no existir, se deberían cambiar las teorías físicas de gravitación. Por lo que hace a la *energía oscura*, su naturaleza exacta es todavía objeto de debate. Se sabe que es muy homogénea y muy poco densa, y se desconoce su interacción con las demás fuerzas fundamentales, excepto con la gravedad. Si es cierto que existe, tendría una gran influencia en el universo, ya que constituiría más de 70% de toda la energía y ocuparía de forma uniforme el espacio interestelar.

³ Cf. Dionisio el Areopagita, *Teología mística en: Obras Completas*, Madrid, BAC, 1995.

⁴ Cf. Anónimo Inglés, *La Nube del No-Saber*, Madrid, San Pablo, 1995.

⁵ Cf. Henry Corbin, *El hombre de luz en sufismo iraní*, Madrid, Siruela, 2000.

⁶ Lao-Zi, *Tao Te King*, poema 16, Madrid, Siruela, 2004, p. 61.

Es decir, hoy sabemos que sólo podemos observar directamente 5% de la materia-densidad de la energía total en el universo. Cuantos más medios tenemos para conocer la realidad, resulta que más la desconocemos. Al transponer todo ello a nuestro campo podemos decir que silenciarse es sumergirse en esa oscuridad ignota para dejarse fecundar por ella. Hacer silencio es adentrarse en ese 95% de la materia y la energía que nos son desconocidas. Silencio de nuestras ideas, palabras y acciones para que surjan regeneradas. Silencio sobre Dios, sobre nosotros mismos, sobre los demás y sobre la realidad.

El aprendizaje del silencio

Silenciarse es una práctica iniciática, por dos razones. En primer lugar, porque nos conduce a nuestros orígenes, a nuestros inicios. En palabras de Chögyan Trungpa, un maestro tibetano:

Fundamentalmente sólo existe el espacio abierto, el fundamento único, lo que somos realmente. Nuestro estado mental más fundamental, antes de la creación del ego, es de tal naturaleza que se da en él una apertura básica o prístina, una libertad básica, cierta cualidad de espaciosidad. Aun ahora y desde siempre hemos tenido esta cualidad abierta.⁷

Silenciarse implica espaciarse interna y externamente de manera que alcancemos un estado de disponibilidad hacia toda la realidad y hacia la Presencia que subyace a todo. Es decir, hay que recuperar lo que Raimon Panikkar ha llamado la *nueva inocencia*.⁸ Para ello hay que descubrir y consolidar determinadas prácticas que permitan restablecer este estado original de apertura que nos permite acoger cada momento en estado de transparencia y de receptividad.

En segundo lugar, es una práctica iniciática puesto que es un camino que sólo se puede recorrer de comienzo en comienzo, porque es inacabable el misterio que se abre a través de esta espaciosidad, cuando ya se sabe adentrar en ella.

El silencio es, de entrada, sustracción de ruidos y sonidos, de imágenes y conceptos que crea el deseo. La cultura occidental optó en un momento dado

⁷ Chögyan Trungpa, *Más allá del materialismo espiritual*, Buenos Aires, Editorial Estaciones, 1998, p. 122.

⁸ Cf. Raimon Panikkar, *La Nueva Inocencia*, Estella, Verbo Divino, 1993.

por extrovertir el deseo en lugar de ir a su origen para interrogarlo y dirigirlo en otra dirección. Es por ello que nos hemos dispersado en múltiples direcciones extraviándonos en la mayoría de ellas. Trabajar el silencio implica recorrer el camino inverso, lo cual significa ir a contracorriente, no sólo de nuestro medio cultural, sino de nosotros mismos, de nuestros hábitos e inercias. Por esa razón, el silencio es infrecuente, aunque hay anhelo y urgencia civilizatorios por alcanzarlo.

Callar significa acallar, silenciar esos imperativos del ego de modo que dejen espacio a lo Otro, a los otros y a lo otro. Todos sabemos las dificultades que hay para lograr este acallamiento y de las estrategias que despliega el ego para eludirlo. Nuestra dependencia al ego se produce hasta que somos capaces de entrar en otro ámbito de nosotros mismos. Entonces, el hecho de aferrarse a esa desorganización interna se disuelve; ya no necesitamos su función. Al proceso de desprendimiento del ego es a lo que llamamos silenciamiento, en cuanto que su disolución o desalojo dan pie a una nueva espaciosidad. Ésta consiste en dejar ser a las cosas como son. En este dejar ser, se descubre una nueva relación con las personas y con el mundo. Nuestro entorno no está autorreferido, pendiente de ganarlo o de perderlo, sino que simple y puramente está ahí, ofrecido, como posibilidad. Cuando desaparece la necesidad, ya no existe la atracción o la repulsión, la selección o el rechazo. La vida está ante uno como ofrecimiento, llamando también al ofrecimiento de uno mismo.

Se abre así la trascendencia, todo aquello que está siempre disponible, pero que se resiste a ser encerrado en los contornos del yo. Acontece entonces la experiencia de ser y del Ser, y el camino hacia la transparencia plena. Pero para que la trascendencia y la transparencia advengan ha de darse la abstención y la cesión del mundo que de continuo construimos desde nosotros para atacar o para defendernos. He aquí unas sorprendentes palabras del escritor checo Franz Kafka:

No hace falta que salgas de la habitación. Quédate sentado a la mesa y escucha. Ni siquiera escuches, simplemente espera. Ni siquiera esperes. Quédate en silencio, en quietud y en solitario. El mundo se ofrecerá libremente a ti. Será desenmascarado, no tiene elección. Se desplegará en éxtasis a tus pies.⁹

⁹ “Consideraciones acerca del pecado, el sufrimiento, la esperanza y el camino verdadero” en Franz Kafka, *Aforismos, visiones y sueños*, Librodot, p. 14. (Disponible en: <<http://www.librodot.com/uploads/perro/kafka/afokaf55.pdf>>)

El reto que tenemos es que todo esto no suceda en una habitación cerrada, sino en el corazón de la vida, aunque se esté en medio de la cotidianidad. No basta con que se nos dé en el silencio de la meditación, en quietud y en solitario, sino que debe darse en medio de la plaza, del mercado, en el autobús, en el lugar de trabajo, en el compromiso político, económico y social. El ser con un ego silenciado trabaja para la totalidad, más allá de las perspectivas parciales. En definitiva, el silenciamiento que se pretende es la ausencia del sentimiento del yo y de lo mío, como dice el *Bhagavad Gita*, un importante texto hindú: “La persona que abandona el orgullo de la posesión y de la pretensión, libre del ‘yo’ y de ‘lo mío’, alcanza la paz suprema” (2,71). Tal persona realiza acciones completas, no fragmentadas ni sectarias, esto es, escindidas. Hace vivir en un estado integral, con una mirada capaz de percibir el todo en la parte y la parte en el todo. Esta doble perspectiva no surge como un esfuerzo ni es resultado de una conquista, sino que brota de la percepción del Fondo que subyace a todo.

Ámbitos del silencio

Vamos a especificar la capacidad fecundadora del silencio en los tres ámbitos de la realidad –Dios, ser humano y mundo–, poniéndolos correlativamente en relación con los tres campos de la experiencia humana: el pensamiento, la palabra y la acción.

El pensamiento que nace del silencio.

Nuestras ideas y creencias sobre Dios

El silencio no es sólo anterior a las palabras, sino al mismo pensamiento, que es el ámbito o el reino de las creencias. Las creencias dan cierto conocimiento de lo trascendente, pero también lo reducen a determinadas categorías. La espacialidad del silencio va más allá del campo acotado por nuestras imágenes y conceptos sobre Dios. El modo de proceder de la mente actúa por causa-efecto, elaborando premisas y lenguaje. Las palabras organizan secuencias de significado y con ello tratan de capturar la realidad. Acallarse implica alcanzar un conocimiento anterior a la categorización del lenguaje. Algunas escuelas filosóficas consideran imposible esta sustracción, pues argumentan que el pensamiento está hecho de palabras y que no es posible sin ellas. Hijos de la razón argumental, nos cuesta imaginar un conocimiento que no pase por medio de la

palabra. Lo mismo tiende a suceder en el marco bíblico donde Dios crea y se comunica por medio de su Palabra. Cristo es considerado como el Verbo, el Logos mismo de Dios. ¿De qué silencio se trata entonces? ¿De qué trascendencia de la palabra o de qué palabra? Se trata de remontarse hasta la fuente que Jesús llamó *Padre*, refiriéndose a ese origen de todo, lugar-estado matricial del que Jesús decía: “El Hijo no hace nada por su cuenta si antes no lo ha visto hacer en el Padre” (Jn 5,19). Se trata de mirar junto con el Hijo en la profundidad del Padre para brotar de él como Hijos, tal como Jesús.

Al remitirnos de nuevo a Rilke, él había escrito en sus años de juventud: “Aunque no lo queramos, Dios madura”.¹⁰ El madurar que se produce a pesar nuestro no es el de Dios, sino el propio y el de las imágenes que tenemos o nos hacemos sobre Él. Tanto ese *tener* como ese *hacer* resultan insuficientes. Por ello han de madurar, tal como también vamos madurando nosotros. Ya se ha mencionado que la misma ciencia madura en su comprensión de la realidad y que tiene que aceptar su radical ignorancia. Por ello hacemos nuestra la contundente expresión del Maestro Eckhart: “Pidamos a Dios que nos libre de Dios y alcancemos la verdad plena”.¹¹ Toda imagen sobre Dios y toda palabra sobre Él ya no son Dios. Cuando decimos *Dios* ya nos estamos separando de Él porque lo estamos convirtiendo en *algo* diferente a nosotros. Por ello en el budismo zen existe un *koan* todavía más contundente: “Si te encuentras a Buddha por el camino, mátalos”. Buddha, Dios, lo Absoluto, no pueden aparecerse como una imagen parcial y externa, nacida de la necesidad de cosificación. Por ello hay que *matarla*, esto es, no pactar con ella y expulsarla de la mente para vencer la tentación que tiene el pensamiento de capturar lo Absoluto en imágenes o en conceptos.

En la concepción del Maestro Eckhart, Dios es correlativo a la criatura: “Si yo no existiera, no existiría Dios. Yo soy la causa de que Dios sea Dios. Si yo no existiera, Dios no sería Dios. Pero no hace falta saberlo”.¹²

La mística eckhartiana trata de situarnos en una anterioridad en la que no se dé la separación entre Dios y criatura. No es que Dios no exista, sino que no existe separado de nosotros, y nosotros estamos condicionados por nuestras propias categorías. Dios, entonces, queda reducido a ellas. Por tanto, el problema no es creer que Dios exista, sino que exista como nos lo imagina-

¹⁰ Rainer Maria Rilke, *Libro de Horas*, Madrid, Hyperion, 2005, p. 39.

¹¹ Maestro Eckhart, *El fruto de la nada*, Madrid, Siruela, 1998, p. 77 y 80.

¹² M. Eckhart, *Tratados y sermones*, Barcelona, Edhasa, 1983, sermón 52, p. 692.

mos. Mientras no nos silenciamos a nosotros mismos, todas nuestras creencias o imágenes de Dios serán meras segregaciones de nuestro yo. Mientras damos por supuesto el yo y sus construcciones, no nos cuestionamos sobre lo que el yo crea, imagina o piensa. Silenciamos es desasirnos de nosotros mismos para desplazarnos a un lugar originario que el Maestro Eckhart llama *Deidad*, donde Todo es Uno. En la Deidad existe un doble movimiento: un engendrar y un atravesar. Por el engendrar del Padre (Fondo) aparece el Hijo (la Forma). “El hablar del Padre es su engendrar, el escuchar del Hijo es su nacer”.¹³ Por el atravesar, el Hijo –cada uno de nosotros– se desprende de su forma y de todas las formas y regresa al Uno. Este movimiento es incesante y continuo:

En esta Potencia, Dios se halla dentro, floreciendo y reverdeciendo con toda su deidad, y en esa misma Potencia engendra a su Hijo unigénito [...]. Esa Potencia está libre de todo nombre y desnuda de toda forma, totalmente vacía y libre, como vacío y libre es Dios en sí mismo. Es tan completamente una y simple como uno y simple es Dios, de manera que no se puede mirar en su interior.¹⁴

Silenciarse implica entrar en ese fondo, libre y vacío, donde todo es uno. Por eso escribe el maestro Eckhart: “Separad de Dios todo cuanto lo está vistiendo y tomadlo desnudo en el vestuario donde se halla desvelado y desarropado en sí mismo. Entonces permaneceréis en él”.¹⁵

Lo que se quiere decir con todo ello es que hay un movimiento continuo de la no-forma hacia la forma y viceversa. Las religiones están en el reino de las formas y de los contornos. Son legítimas mientras sean conscientes de donde se sitúan, pero tienden a olvidarlo y a absolutizar la representación particular con que identifican el misterio. Al recurrir a otras tradiciones, descubrimos que nos dicen lo mismo. El primer poema del *Tao Te King* expresa con toda claridad lo que estamos planteando:

El Tao que se intenta aprehender no es el Tao mismo;
el nombre que se le da no es su nombre adecuado.
Su nombre representa el origen del universo;

¹³ *Ibid.*, sermón 27, p. 504.

¹⁴ *Id.*, *El fruto de la nada*, p. 45.

¹⁵ *Id.*, *Tratados y sermones*, sermón 40, p. 590.

con su nombre, constituye la Madre de todos los seres.
 Por el no ser, aprehendemos su secreto;
 por el ser abordamos todos sus accesos.
 Ser y no ser brotan de un fondo único;
 no se diferencia más que por sus nombres.
 Y ese fondo único se llama Oscuridad.
 Oscurear esa oscuridad,
 tal es la puerta de toda maravilla.¹⁶

“Oscurear esa oscuridad” significa adentrarse en ese *Lugar* donde las formas regresan a su estado matricial y donde todo se hace Uno antes de ser percibido en su diversificación y dispersión. Ese *Lugar* no está fuera ni dentro de ninguna parte, sino que es la condición de posibilidad de que todas las cosas –incluso las que comienza por uno mismo– se manifiesten en el espacio y en el tiempo. Este lugar es un estado en el que lo Supremo no está separado de lo que uno es y por ello ha dejado de ser algo cosificable:

Al mirarle, no se le ve. Se le llama invisible.
 Al escucharle no se le oye. Se le llama inaudible.
 Al tocarle, no se le siente. Se le llama impalpable.
 Estos tres estadios cuya esencia es indescifrable
 se confunden finalmente en uno.¹⁷

No es que ver, oír y palmar se confundan en la percepción de un objeto, sino que se funden en la Fuente anterior a toda objetivación. La realidad suprema no puede ser un objeto más entre otros objetos, una cosa entre otras cosas, un ente entre los demás entes, ni siquiera un ser entre los demás seres, por supremo que se le considere. Lo Supremo no es un ser, sino la posibilidad de ser. Mientras objetivemos a Dios, lo reducimos y nos separamos de Él como sujetos. Hay que remontarse a una anterioridad mayor. En palabras de una Upanishad hindú:

Aquello es distinto de lo conocido y está más allá de lo desconocido. Esto es lo que escuchamos a los antiguos maestros (*rishis*) que nos lo explicaron.

¹⁶ Lao-zi, *Tao Te King*, I.

¹⁷ *Ibid.*, XIV.

Lo que no puede expresarse en palabras y, sin embargo, es por lo que las palabras se expresan, eso es en verdad el Absoluto y no lo que las gentes adoran.

Lo que no se puede pensar con el pensamiento y, sin embargo, es por lo que el pensamiento piensa, eso es en verdad el Absoluto y no lo que las gentes adoran.

Lo que no se puede ver con los ojos y, sin embargo, es por lo que los ojos ven, eso es en verdad el Absoluto y no lo que las gentes adoran.

Lo que no se puede oír con el oído y, sin embargo, es por lo que el oído oye, eso es en verdad el Absoluto y no lo que las gentes adoran.

Lo que no se puede respirar con el aliento de la vida y, sin embargo, es por lo que ese aliento respira, eso es en verdad el Absoluto y no lo que las gentes adoran.¹⁸

Sostenerse en esta anterioridad implica el silencio de toda idea sobre Dios para situarse en un estado de percepción anterior al concepto. Desde la mística no se trata de pensar a Dios, sino desde Dios.

La palabra que nace del silencio y su relación con el ser humano

La palabra es el éxtasis del silencio y remite continuamente a él como a su lugar matricial. El silencio no es ausencia de palabra, sino su raíz, allí de donde emerge y se sumerge de nuevo para brotar renovada una y otra vez. “Jesús es la palabra que procede del silencio”, escribió Ignacio de Antioquía;¹⁹ y también: “Quien de verdad posee la palabra de Jesús, puede también escuchar su silencio”.²⁰ En palabras de Raimon Panikkar, “Únicamente la palabra que surge del silencio es auténtica palabra capaz de comunicar algo”;²¹ y también: “Una

¹⁸ *Kena Upanishad*, I,4-9, en *La sabiduría del Bosque*, Madrid, Trotta, 2003, p. 88.

¹⁹ Ignacio de Antioquía, *Carta a los magnesios*, en *Padres Apostólicos*, Madrid, BAC, 1985, p. 463.

²⁰ *Id.*, *Carta a los de Efeso*, en *op. cit.*, p. 456.

²¹ Raimon Panikkar, *Mística, plenitud de Vida, Obres Completes*, vol. I, tomo I, Barcelona, Fragmenta, 2008, p. 128

palabra oculta tanto como revela. Más bien, únicamente revela en tanto que oculta, y lo que ella dice consiste sólo en hacer consciente a quien la escucha que se le oculta alguna cosa”.²² Del Maestro Eckhart podríamos citar múltiples pasajes donde habla de este silencio engendrador de la palabra:

En medio del silencio me fue dicha una palabra. ¿Dónde está este Silencio y dónde el lugar en el que es pronunciada esta palabra? Es en su mayor pureza donde el alma la puede emitir, en su más noble parte, en el Fondo, llamado también el Ser del alma.²³

Dicho de otro modo, la palabra debería ser la revelación del silencio y la modulación de ese silencio. Por silencio entiendo, una vez más, ese espacio de la conciencia no contaminado por la mente ni por los afectos. De manera normal, nuestras palabras son sólo repetición de lo que ya sabemos. Hay que regenerarlas, permitir que aparezcan frescas de nuevo, vírgenes como el primer día. La palabra auténtica no nace sino que engendra, preñada de fuerza, y posibilita nuevos significados.

Todo ello tiene consecuencias directas sobre nuestras relaciones interpersonales. Silenciarse es tener la capacidad de escucha para acoger la palabra del otro, así como para darme cuenta de si mi palabra va a tener cabida en quien me escucha. Hablar es fecundarse mutuamente. Dice Platón:

Lo más excelente es plantar y sembrar en otros palabras con fundamento, capaces de ayudarse a sí mismas y a quienes las planta; palabras que no sean estériles, sino portadoras de simientes de las que surgen otras palabras que, en otros caracteres, son canales por donde se transmite, permanentemente, la semilla inmortal.²⁴

Hay que lograr silenciarse antes de hablar para que las palabras que se pronuncien tengan la capacidad de germinar en quien las oye. ¡Qué diferentes serían nuestras conversaciones, tanto interpersonales como públicas, si estuvieran precedidas de esa espaciosidad interna que otorga el silencio! La cualidad de nuestras relaciones cambiaría de manera radical si brotaran de allí.

²² *Ibid.*, p. 131.

²³ Citado por Evelyn Underhill, *La Mística*, Madrid, Trotta, 2006, p. 52.

²⁴ *Fedro*, 276a-277^a, en Platón, *Diálogos III*, Madrid, Gredos, 1992, p. 408.

En verdad, todos tenemos experiencia de cómo cambian las palabras cuando de allí brotan.

La acción que nace del silencio.

Relación con el mundo

Así como el silencio del que hablamos no es mutismo, tampoco es ciego ni paralizador. De él nace una acción nueva, hija de la escucha del entorno y del mundo. Ello lleva, para retomar la expresión de Ignacio Ellacuría, a “responsabilizarnos de la realidad”, así como a “una mística de los ojos abiertos”, en términos de Johann Baptist Metz.²⁵ Pero para poder abrir bien los ojos es necesario tenerlos un tiempo cerrados, de otro modo acaban irritándose y hacen borroso lo que miramos. La interiorización de la mirada no lleva a la evasión sino a la penetración, es decir, a mirar con cualidad y profundidad diferentes. A comienzos del siglo anterior, Miguel de Unamuno, un intelectual muy comprometido con la situación social de su tiempo, escribió un breve ensayo en forma de carta donde le respondía a un joven que le habría pedido consejo:

Me dices en tu carta que si hasta ahora tu divisa ha sido: “¡Adelante!”, y a partir de ahora será: “¡Arriba!” Deja eso de delante y atrás, de arriba y abajo; deja de jugar a progresismos y carquismos; déjalo a los progresistas y a los retrógrados, a los ascendentes y descendentes, que se mueven tan sólo en el espacio exterior, y busca el otro, tu ámbito interior, el de tu alma. Lucha por meter en ella el universo entero, que es la mejor manera de derramarte en él [...]. En vez de decir: “¡Adelante!” o “¡Arriba!”, di: “¡Adentro!” Reconcéntrate para irradiar. Déjate llenar para que reboses luego, conservando el manantial. Recógete en ti mismo para mejor darte a los demás, todo entero e indiviso. “Doy cuanto tengo”, dice el generoso. “Doy cuanto soy”, dice el héroe. “Me doy a mí mismo”, dice el santo; di tú con él al darte: “Doy conmigo el universo entero”. Para ello tienes que hacerte universo, buscando dentro de ti. ¡Adentro!²⁶

La interioridad no es una huida, sino una toma de distancia de la inmediatez para ganar en libertad y en lucidez. La interioridad tiene profundidades sucesivas que se abren a medida que el yo se entrega. Cuando la interioridad crece,

²⁵ Cf. Johann Baptist Metz, *Por una mística de los ojos abiertos*, Barcelona, Herder, 2013.

²⁶ Miguel de Unamuno, *¡Adentro!*, ensayo publicado en 1900.

se revela la profundidad de la exterioridad. Éstas son correlativas porque no vemos la realidad tal como es, sino tal como somos. En lenguaje ignaciano se trata de llegar a ser *contemplativos en la acción*, es decir, ser capaces de vivir todas las situaciones desde la percepción de la Presencia que todo lo sostiene y que todo lo convoca. El silencio es la suspensión de la inmediatez que otorga a la acción y a la palabra otra dimensión que va más allá de la autorreferencia del yo y de la urgencia de la inmediatez. De este modo se puede llegar a tener la percepción de la realidad que tuvo Teilhard de Chardin:

Este Hogar, esta Fuente están en todas partes. Porque Él es infinitamente profundo y multiforme. Es infinitamente próximo y extendido por todas [...]. El Medio Divino, por inmenso que sea, es en realidad un Centro. Y disfruta de las propiedades de un centro [...]. En el Medio Divino todos los elementos del universo se tocan por lo que tienen de más interior y más definitivo. Poco a poco [...] concentran el que poseen más puro y más atractivo.²⁷

En todas las tradiciones el compromiso con la realidad aparece como el criterio de verificación definitivo que acredita el proceso de transformación. La acción es superior a la contemplación porque participa del acto creador de Dios. En el mismo sentido habla el *Bhagavad Gita*:

Haz tu tarea en la vida, porque la acción es superior a la inacción. Ni siquiera el cuerpo podría subsistir si no hubiese actividad vital en él (3,8).

Sentidos, afectos y conocimiento se concentran en la acción y son dinamizados por ella en nuestro estar en el mundo. Es una referencia del retorno al mercado de los cuadros clásicos Zen sobre el pastor de bueyes: el sabio es capaz de estar en el ajetreo de la plaza pública con la misma serenidad y lucidez que cuando medita en su celda o en el silencio de la naturaleza. Ese modo de estar en el mercado no es el mismo que antes de hacer el camino ni de quienes no han hecho silencio antes de llegar a la plaza. El modo de estar en ella ya no es el de la avidez, la depredación o el engaño. La acción brota como servicio a una causa común que supera los intereses cortos y autocentrados. Una acción que no es un mero hacer, sino un actuar personal y consciente desde donde se manifiesta

²⁷ Pierre Teilhard De Chardin, *El Medio Divino*, Madrid, Taurus, 1976.

la transformación que opera en nosotros el camino interior que a la vez capacita para la transformación del medio exterior.

El Maestro Eckhart introduce una sorprendente prevalencia de la acción frente a la contemplación en su interpretación del pasaje de Marta y María: no es Marta sino María la incompleta, esto se debe a que su necesidad de silencio y contemplación la incapacitan para el servicio. Marta está más avanzada en el camino espiritual porque su estado contemplativo incluye la actividad. “Marta conocía mejor a María que María a Marta, pues había vivido más y mejor; pues la vida proporciona el conocimiento más noble”.²⁸ Marta es quien mejor entiende que “lo único necesario” no le será arrebatado en la acción, porque no hay nada que perder, nada en lo que detenerse, nada en lo que ensimismarse cuando se está en el corazón de la Vida, sino que “están libres de trabas quienes ordenan todas sus actividades según el modelo de la luz eterna; y ésta está junto a las cosas, pero no en las cosas. Está muy cerca de ellas y por eso mismo no tiene menos que si estuviese allí arriba en el círculo de la eternidad”.²⁹ ¿Cuál es ese “círculo de la eternidad” al que refiere el Maestro Eckhart que está “ahí arriba”? Ese círculo no es otro que el flujo continuo del chorro de la Vida que permanentemente sale y regresa, entrega y recibe. Y ese “ahí arriba” no es otro lugar que la profundidad de cada acto y de cada momento.

De un modo no muy lejano, Marià Corbí ha elaborado durante décadas una clave hermenéutica que es aplicable a todas las tradiciones religiosas. Como fruto de sus extensas y pausadas lecturas de los textos sagrados, ha identificado una secuencia circular en tres tiempos que está presente en el corazón de todas las tradiciones: todas ellas impulsan a interesarse por la realidad, a comprometerse de modo apasionado e integral por ella. Al mismo tiempo, todas incorporan una actitud de distanciamiento, esto es, de contención de las propias pulsiones para no invadir y violentar la realidad con los propios proyectos. Al final, todas las tradiciones dan herramientas, tiempos y espacios para adentrarse en el silencio, que es el acallamiento de la mente y de los afectos, para regenerarse y volver de nuevo a la realidad restablecidos. Estos tres tiempos: Interés-Distanciamiento-Silenciamiento (IDS) es una clave transreligiosa que permite comprender la aportación que las religiones hacen a la humanidad para darle calidad de vida.³⁰

²⁸ *Id.*, *El fruto de la nada*, Madrid, p. 104.

²⁹ *Ibid.*, p. 106.

³⁰ Cf. Marià Corbí, *Hacia una espiritualidad laica*, Barcelona, Herder, 2007, p. 323-346.

¿Dios sin religión o religión sin Dios? La no-dualidad, culminación de la mística silenciosa

Para finalizar retomo esta cuestión como hilo conductor: *¿Dios sin religiones?* La cuestión a reflexionar no es sólo si se puede mantener una vía consistente de acceso a la trascendencia sin adherirse a una religión determinada, sino a qué Dios nos referimos. La pregunta también debe ser planteada a la inversa: ¿no será que también corremos el riesgo de que haya religiones sin Dios, esto es, un modo de vivir la religión que no lleva a Dios, sino a las propias proyecciones, ya sean personales o colectivas? Las religiones, al identificar y nombrar la Realidad Última con una forma y nombre determinados, reducen el Horizonte último a través de una construcción mental. Esta construcción es también una separación.

Por ello hemos insistido en el silencio. Ese silencio de la mística no es el nihilismo descreído y cínico frente a las ilusiones y proyecciones humanas, sino que es el manto de reverencia y pudor ante lo que no puede ser apropiado, reducido, profanado por nuestras necesidades y proyecciones. Esto no es porque lo que digamos del Misterio no sea cierto, sino porque hay mucho más misterio de lo que podemos abarcar. El Misterio no es lo indescifrable, sino lo inagotable. De entre todas las religiones, tal vez sea la budista la que más claro sienta su punto de partida en este carácter apofático sobre la realidad última.³¹

Hay algo en el tiempo que vivimos que hace propicio este emerger de la mística. Al acallar palabras, conceptos y pensamientos se abre un espacio nuevo, más allá de toda *construcción* religiosa. En un momento de crisis del lenguaje religioso este camino apofático es fundamental, no sólo para la teología, sino también para la liturgia. Por liturgia me refiero a la celebración comunitaria del misterio. Las religiones ofrecen un lenguaje, un ritual, una comunidad. El exceso de palabras, tanto discursivas como exhortativas, de muchos encuentros está llamado a encontrar en el silencio su medio regenerador. Hay que ser valiente y disciplinado para callar en lugar de hablar. Sólo este silencio es capaz de abrir ámbitos nuevos de significación.

³¹ Es significativa la aproximación que hace Raimon Panikkar en el estudio del budismo y que está explicitado en el mismo título de la obra: *El silencio de Buddha*, Madrid, Siruela, 1996.

He tratado de transmitir el potencial transformador y revolucionario del silencio, su capacidad de engendrar lo inédito frente a la repetición. En definitiva, el silenciamiento crea las condiciones para que se abra un nuevo espacio espiritual, que es el que necesitamos en el encuentro interreligioso. Se trata de “un viaje de aquí a aquí”, como dice bella y escuetamente David Carse en su libro *Perfecta brillante quietud*.³² Este autor es un ejemplo de un nuevo paradigma espiritual emergente, llamado la *no-dualidad*, que se autoconcebe como no-religioso en el sentido de que no se identifica con ninguna tradición religiosa en particular. La expresión *no-dualidad* tiene un carácter apofático, puesto que no se enuncia como una afirmación, sino como una negación. No se trata de un monismo absorbente que anule la diversidad y tampoco se trata de una dispersión de multiplicidades irreconciliables. Surge como resultado de la extinción de la conciencia de un yo separado de su entorno, en cualquiera de las tres dimensiones que hemos visto: respecto de Dios, de los demás y del mundo. La percepción no-dual de la realidad es un retorno a la espaciosidad original del Uno que da cabida a la diversidad. Consiste en estar en el mundo sin interpretarlo ni manipularlo; consiste en dejar que se manifieste el rostro original de las cosas de forma inmediata y sin velo. Entonces se descubre que Él es todas las formas, directa e inmediatamente, y que Él es Sin Forma. Los sentidos, los afectos, la razón y la acción pueden guiar hasta el umbral, pero no pueden entrar. Han de silenciarse para que dejen de construir y puedan recibir.

El paradigma de la no-dualidad toma de las religiones el legado de sabiduría y aprende de ellas, pero no se adhiere a ninguna creencia porque concibe que son reducciones e interpretaciones parciales de lo que no se puede agarrar con la mente ni con el lenguaje. La posición de Marià Corbí es muy cercana a esta perspectiva.³³

Al seguir el doble movimiento del Maestro Eckhart, engendrar y atravesar, se participa del flujo continuo que brota a su vez del engendrar –lo cual corresponde con el tiempo de la inspiración– y del atravesar –que corresponde con el tiempo de la exhalación–, en un recibir y entregarse permanentes, sin retenir nada. Descubrimos que originalmente somos este espacio abierto que toma en nosotros la forma concreta de quienes somos: el contorno concreto de una

³² Cf. David Carse, *Perfecta brillante Quietud*, Madrid, Gaia, 2011.

³³ Podría citar múltiples obras. Para el tema del presente simposio bastarían dos títulos de Marià Corbí: *Religión sin religión*, Madrid, PPC, 1991 y *Hacia una espiritualidad laica*, Barcelona, Herder, 2009.

espaciosidad sin límites. Es toda la Realidad la que continuamente brota desde el fondo de sí misma hacia el fondo de sí misma a través de cada contorno concreto. Cuando el contorno que somos se hace consciente de ello y se entrega, entonces tiene ante sí toda la realidad abierta, virgen, por explorar.

No se trata de ver la cima, sino de ver desde la cima. Esa cima es una profundidad que está albergada en cada cosa, en cada instante, en cada persona. Cuando vivimos así, dejamos que las personas, cosas y acontecimientos sean y fluyan por sí mismos, sin violentarlos según nuestras expectativas y deseos. En palabras de una tradición cercana a estas tierras, el pueblo lakota de los indígenas norteamericanos:

Cada paso que des en la tierra debe ser una plegaria.
La fuerza de un alma pura y buena
está en el corazón de cada persona
y crecerá como una semilla
cuando camines de forma sagrada.
Y si cada paso que das es una plegaria,
entonces caminarás siempre de forma sagrada.³⁴

¿Y dónde habrá de acontecer esta mística silenciosa si no es en la más cercana y palpable cotidianidad?

³⁴ Joseph Bruchac, *La sabiduría del indio americano. Antología*, Palma de Mallorca, editor José J. de Olañeta, 1997, p. 80.